

pasaron á las banderas enemigas. Durante el asedio de Tenochtitlan, el escaso número de blancos, sin verdadero lazo de union con sus aliados; perdidos entre la multitud de los guerreros que les ayudaban; empeñados en lugares de los cuales parece maravilla pudieran salir ilesos, se hicieron obedecer, se hicieron servir, se hicieron adorar. Hombres de hierro, pelearon dia y noche, vestidas de continuo las armas, expuestos á la intemperie; sin desmayar por los obstáculos, sin que pensaran que acometían una empresa descabellada, sin que nunca hubieran dudado de su suficiencia para tamaña obra. Momentos hubo de vacilacion en los soldados, jamás en el jefe: si tantos milagros se cumplieron, fué por la enérgica voluntad de D. Hernando.

Vencidos y vencedores fueron grandes.

La admiracion, empero, no debe ofuscar la verdad. La conquista de México no es obra exclusiva de las armas españolas; débese en su mayor parte á las naciones indígenas. Sin éstas, los castellanos hubieran sucumbido, cual sucumbieron en la Noche triste, cuando eran más pujantes: más tiempo, mayores elementos hubieran sido indispensables. D. Hernando supo aprovecharse de las pasiones dominantes, darles direccion, emplearlas para su provecho; se sometió á los indios con los indios: al retirarse los victoriosos aliados de la arrasada México, no se imaginaban que bajo los escombros dejaban sepultados su libertad, el nombre de su raza y la autonomia de su pueblo. Figura colosal es la de D. Hernando, que la parcialidad ha adulado, abultando sus virtudes y callando sus defectos: hombre era, compuesto de bien y de mal. Poseía reelevantes cualidades y muy graves defectos; publicándolo todo, la figura un tanto se rebaja; sin embargo, queda siempre tan alta, que es preciso alzar los ojos para verle al rostro.

## CAPITULO IX.

### CUAUHTEMOC.

*Conferencia en Tlatilolco.—Disposiciones.—Despedida de los aliados.—Fiestas en Coahuacan.—Tormento dado á Cuauhtemoc.—Los reyes de la triple alianza.—Busca del tesoro.—Disgusto en el ejército.—Pasquines.—Reparticion del despojo.—Lo que tocó al rey.—Descubrimientos en la Mar del Sur.—Expediciones á Oaxaca y á Tochtepec.—Fundacion de Medellín*

**III** calli 1521. Al dia siguiente, catorce de Agosto, tornaron los castellanos á la azotea, en donde se había verificado la anterior conferencia: la azotea estaba adornada con cortinas, habiendo un dosel con asiento distinguido. Cortés se colocó en el lugar preferente; dió la derecha á Cuauhtemoc, la izquierda á Coahuacoch, rey de Acolhuacan, y á Tetlepanquetzaltzin, señor de Tlacopan, dando lugar despues á los señores principales, Cihuacoatl, Tlacotzín, Tlilancalqui, Petlauhtzin, Huitznahuatl, Motelchiuh-tzin, Mexicatlachcauhtli, Tecuctlamacazqui, Cohuatzin, Tlatlati y

Tlazolyaotl, dignidades del imperio que sucumbía, últimos nobles que sobrevivían á la catástrofe: los capitanes y soldados españoles cerraban el cuadro, atentos todos á lo que iba á pasar. D. Hernando, por boca de Marina, rompió el silencio, demandó á los reyes, ¿en dónde estaba el oro que había dejado en México? Los méxica trajeron cuanto escondido tenían en una canoa llena. Dijo entonces D. Hernando: “¿No hay más oro que este en México? Sacadlo todo, que es menester todo.” Tlacotzin respondió á Marina: “Dí á nuestro señor capitán, que cuando llegó á las casas reales la primera vez, vió todo lo que había, y todas las salas cerramos con adobes, no sabemos que se hizo el oro que había, tenemos que todo lo llevaron ellos, y no tenemos más de esto ahora.” El general replicó: “Es verdad que todo lo tomamos, pero todo nos lo tomaron en aquel paso de acequia que se llama Toltecaacalopan: es menester que luego parezca.” El Cihuacoatl echó la culpa á los de Tlatelolco; éstos la pusieron á cargo de los méxica, hasta que Cuauhtemoc interrumpió diciendo: “¿Qué es lo que dices? Aunque es así que los de Tlatilulco lo tomaron, fueron presos y todo lo tornaron: en el lugar de Texopan se juntó todo, y es esto que está aquí y no hay más.” Aunque todavía se insistió sin sacar mayor fruto, Marina terminó en estos términos: “El señor capitán dice, que busqueis docientos tejuelos de oro, tan grandes como así,” y señalóles con las manos el grandor de una patena de cáliz.

Terminado este punto, D. Hernando se informó menudamente de las costumbres de la triple alianza en la manera de hacer las conquistas, cómo se imponían los tributos y en qué consistían, en cuál modo se recogían y repartían. Fueron aquellas una especie de cortes celebradas para el gobierno del país conquistado: dejóse á Cuauhtemoc el mando de la arrasada y desaparecida Tenochtitlan; nombróse señor de Tlatelolco á un caballero nombrado Ahuelitotzin, quien en el bautismo tomó nombre de D. Juan; en cuanto á Coanacohtzin, había perdido ya el trono y Tetelepanquetzaltzin no fué repuesto en su señorío. (1)

El asedio de la ciudad de México duró setenta y cinco días. D. Hernando tuvo á sus órdenes novecientos españoles, ochenta caba-

(1) Sahagun, cap. XL y XLI de la primera edic., XLI y XLII de la seg.—Torquemada, lib. IV, cap. CII.

llos, diez y siete tiros de artillería y doce bergantines, con doscientos mil aliados y seis mil canoas. No es fácil asignar la pérdida de los sitiadores, pues sin duda están ocultados los números. (1) De los sitiados pereció muy grande cantidad, contados los que sucumbieron por la espada, el hambre y la peste. (2) No obstante cuanto digan Oviedo y algun otro, los méxica no comieron la carne de sus muertos, aunque reducidos como estaban á los mayores apuros de la desesperacion de la hambre: (3) ántes dijimos que los padres habían devorado á sus propios hijos; mas esto debe entenderse de sólo los pequñuelos, pues todos los demas quedaron vivos, segun consta en las relaciones de los testigos presenciales.

Permitióse á los vencidos salir del inmundo rincón en que estaban aglomerados; ibanse los unos por las calzadas, los otros en las

(1) Gomara, Crón. cap. CXLIII, dice que: “Murieron de su parte hasta cincuenta españoles, seis caballos, y no muchos indios.”—Sigue el mismo cómputo Herrera, déc. III, lib. II, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. CIII, afirma “Murieron menos de cien castellanos, algunos pocos caballos y no muchos indios amigos, en respecto de los mexicanos.”—Este último cálculo parece más aproximado á la verdad, aunque siempre queda indeterminado; mas no se puede obtener mayor precision.

(2) Reunidas las cifras enunciadas por Cortés, formarían un total mayor de . . . 117,000.—Gomara, Crón. cap. CXLIII, escribe: “Murieron de los enemigos cien mil, y á los que otros dicen muy muchos más, pero yo no cuento los que mató el hambre y la pestilencia.”—Dice lo mismo Herrera, déc. III, lib. II, cap. VIII, y le sigue Torquemada, lib. IV, cap. CIII.—Ixtlilxochitl, relac. XIII, pág. 51, escribe: “Murieron de la parte de Ixtlilxochitl y reino de Texcoco, más de treinta mil hombres, de más de doscientos mil que fueron de la parte de los españoles como se ha visto: de los mexicanos murieron más de doscientos cuarenta mil, y entre ellos casi toda la nobleza mexicana, pues que apenas quedaron algunos señores y caballeros, y los más niños y de poca edad.”—Bernal Díaz, cap. CLVI, no entra en cálculos, sin embargo de lo cual da una idea aproximada de aquella catástrofe: “Yo he leído la destruccion de Jerusalem, dice; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta yo no lo sé; porque faltaron en esta ciudad gran multitud de indios guerreros, y de todas las provincias y pueblos sujetos á Mexico que allí se habían acogido, todos los más murieron.”—Refiere lo mismo Oviedo, Hist. gen. y nat., lib. XXXIII, cap. XXX, en estas palabras: “Muchos hidalgos é personas he visto de los que en esto de Temistitan se hallaron, á quien oí decir queste número de los muertos más lo tienen por incontable y excesivo al de Hierusalem, que no por menos de la cuenta ó relacion de Josefo.” Oviedo parece no referirse á todos los judíos muertos en la guerra, sino á los 115,080 cadáveres testificados por Annio.

(3) Bernal Díaz, cap. CLVI.—Gomara, Crón. cap. CXLIII.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. CIII.—El Sr. D. José Fernando Ramírez contradijo victoriosamente á Prescott. Notas y aclaraciones, pág. 64.

canoas y algunos apeando por el agua; castellanos y aliados los detenían por los caminos, registrándolos y quitándoles cuanto de valor llevaban, escogiendo los mozos y mozas que mejor les parecían para reducirlos á esclavos. Llegados estos excesos á noticia del general dió orden para que no fueran cometidos, mandando ademas personas que los impidiesen. (1) "Digo que en tres dias con sus noches iban todas tres calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenos de bote en bote, que nunca dejaban de salir é tan flacos y sucios é amarillos é hediondos, que era lástima de los ver." Algunos quedaban entre los muertos sin poderse valer, "y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba." (2)

Como mejor se pudo fueron enterrados los muertos. Así por alegría como para desinfectonar el aire, fueron encendidos grandes fuegos en las calles. No á todos los vencidos se dejó ir libres, pues muchos hombres y mujeres quedaron esclavos, marcados en el rostro con el hierro del rey. Pusieronse los bergantines en lugar seguro, dejando en guarda de ellos y de la ciudad al capitán Juan Rodríguez de Villafuerte con ochenta castellanos. Tomadas todas estas disposiciones, los vencedores abandonaron la desierta isla, trasladándose D. Hernando, cuatro dias despues (es decir, el diez y siete de Agosto), á la ciudad de Coyahuacan (Cuyuacan). En cuanto á los despojos fué fácil entenderse: los castellanos se apropiaron el oro, la plata y la plumería; los aliados llevaron la ropa y los demas objetos, lo que formó riquísimo despojo. Dando por terminada la guerra contra México, D. Hernando despidió á los aliados, prometiéndoles mantenerlos en justicia y libertad, entendidos en que los llamaría en su auxilio cuando de nuevo los hubiera menester; á los capitanes y guerreros distinguidos dió como premio, mantas, rodela, armas y joyas, como era uso entre las tribus: con esto se fueron todos contentos y aficionados á servir á su nuevo señor, satisfechos con la idea de haber destruido el imperio de México, principalmente los tlaxcalteca. Dióse licencia á quienes quisieron avecindarse en la isla. (3) Cortés, que nunca escaseaba las promesas, ofreció

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XLI.

(2) Bernal Díaz, cap. CLVI.

(3) Gomara, Crón. cap. CXLIII.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. VIII.—Torquemada, lib. IV, cap. CIII.

pródigamente dar tierras y vasallos y hacer grandes señores, y como ya estaban ricos, "se fueron alegres á sus tierras, y aún llevaron hartas cargas de tasajos cecinados de indios mexicanos, que repartieron entre sus parientes y amigos, y como cosas de sus enemigos, la comieron por fiestas." (1)

Para celebrar la victoria, D. Hernando hizo un banquete en Coyahuacan, contando para ello con cantidad de vino y algunos puercos traídos por una nave aportada á la Villa Rica. Convidados los principales capitanes y soldados, pues las divisiones permanecían aún en sus respectivos reales de Tlacopan y Tepeyacac, no había en la sala mesas y asientos para la tercera parte; corrió abundantemente el licor, perdióse el juicio, y los hombres anduvieron sobre las mesas, no acertaban á salir por las puertas é iban rodando por las gradas abajo: alzadas las mesas salieron las damas españolas á danzar con los galanes puestas las armas, "y hubo mucho desconcierto, y valiera más que no se hiciera." Tan grande debió ser el desórden, que Fr. Bartolomé de Olmedo dijo á Sandoval lo mal que le parecía, "é que bien dábamos gracias á Dios para que nos ayudase adelante." Informado Cortés, mandó llamar al religioso y le dijo: "Padre, no excusaba solazar y alegrar los soldados con lo que vuestra reverencia ha visto é yo he hecho de mala gana; ahora resta que vuestra reverencia ordene una procesión, é que diga misa é nos predique, y diga á los soldados que no roben las hijas de los indios, y que no hurten ni riñan pependencias, é que hagan como católicos cristianos, para que Dios nos haga bien." En efecto, Fr. Bartolomé ordenó una procesión en que los castellanos salieron con las banderas levantadas y algunas cruces á trechos, y cantando las letanías, y á la postre una imájen de nuestra Señora, y otro día predicó Fr. Bartolomé, é comulgaron muchos en la misa despues de Cortés y Alvarado, é dimos gracias á Dios por la victoria." (2)

El oro recogido no satisfizo la esperanza de los castellanos. La fama hacía muy ricos á los emperadores y á los dioses; generalmente se creía que el despojo de la ciudad sería inmenso, ó que al menos se recobraría aquel gran monton visto en el tesoro de Motecuh-

(1) Bernal Díaz, cap. CLVI.

(2) Bernal Díaz, cap. CLVI.